

Capítulo

1

No le dije a nadie que iba a Santa Fe para matarme. Supuse que la notificación estaba de más y que, por añadidura, si alguien descubría la verdad podría interferir en mis planes de viaje. La gente siempre tiene buenas intenciones, pero no comprende que cuando alguien está profundamente deprimido, con toda probabilidad sólo la idea del suicidio lo mantiene con vida. Saber que existe una salida, aunque sea cruel, definitiva, hace que el dolor sea casi tolerable durante un día más.

Han pasado cinco meses desde que mi padre murió a causa de un cáncer de pulmón. Desde entonces, el mundo no ha sido un lugar aceptable donde vivir. Mientras papá vivía le encontraba sentido al hecho de levantarme todas las mañanas, aunque

estuviera deprimida. Tenía que presentar batalla. Pero el día en que di la orden de aumentar la concentración de su dosis de morfina a un nivel letal, la batalla perdió todo su sentido.

Quise morir. Ese deseo no me resultó extraño en absoluto, a pesar de que sólo tenía treinta y ocho años. Teniendo en cuenta las circunstancias, lo consideré una respuesta natural. Estaba extenuada, fatigadísima, y morir era como tomarse un descanso, unas vacaciones. Todo lo que verdaderamente deseaba era estar en otro lugar.

Cuando me ofrecieron la posibilidad de marcharme de Los Ángeles para pasar una larga temporada a solas en Santa Fe, me sentí dichosa. Alquilé una casa pequeña, encantadora, cerca de Canyon Road, la zona más animada de la ciudad, repleta de galerías de arte, clubes de jazz y extravagantes librerías con cafés invadidos por gatos. Era un buen sitio donde vivir, en especial en diciembre, cuando la nieve que caía copiosamente y se acumulaba sobre los adoquines amortiguaba por completo el ruido de la calle, de modo tal que la ciudad parecía bailar una danza silenciosa.

Aquel diciembre la cantidad de nieve era extraordinaria. Todas las imágenes estaban llenas de contrastes: el intenso sol redondo del desierto brillaba mientras yo temblaba; sobre las gruesas paredes de ladrillo rojo la nieve dibujaba sombras blanco-azuladas. Y siempre, mirase a donde mirase, la espalda encorvada de la ciudad antigua presionaba las brillantes curvas de la nueva. Pero el contraste más impresionante, sin lugar a dudas, estaba en mí: conmovida hasta las lágrimas, tan sólo por estar viva, en ese lugar, y más que nunca, decidida a morir.

En toda mi vida jamás me sentí tan bipolar.

Los accesos maniacos me dominaban durante cuatro días. Durante esas cuatro jornadas no comía, no dormía, apenas podía permanecer unos minutos sentada en un mismo lugar. Hacía compras constantemente —aunque oculto detrás de una fachada artística, en Canyon Road todo es comercio— y hablaba indiscriminada e incesantemente. En primer lugar, con cualquier persona que conociera en la Costa Oeste. Después, con cualquier persona que todavía se encontrara despierta en la Cos-

ta Este. A continuación, con quien estuviera dispuesto a escucharme en la misma Santa Fe. En verdad, no sólo necesitaba hablar. Tenía miedo de estar sola. En el aire que me rodeaba flotaba algo que no quería recordar: el rostro de mi padre, su expresión cuando le dije que se trataba de cáncer de nivel cuatro, que ya había metástasis. Sus ojos, su mirada perpleja cuando yo no podía aliviar su dolor, la manera en que esos ojos continuaron observándome hasta el final, siguiendo cada uno de mis movimientos, fijos en mí, rogando por un consuelo que no era capaz de proporcionar. Nunca pensé que podría obsesionarme algo tan familiar, tan querido como los ojos de mi padre.

No obstante, en general, hablaba con hombres. En Canyon Road hay cantidad de bares y clubes muy animados y agradables a los que podía llegar caminando desde mi casa. Para una pelirroja de sonrisa fácil y brillo febril en los ojos no era difícil empezar una conversación y seguir charlando hasta bien entrada la madrugada, en casa de él o en la mía. La única palabra que parecía incapaz de decir era «no».

Para aliviar mi conciencia, me digo a mí misma que, en realidad, el sexo bipolar no es relación sexual, sino conversación, una manera más de calmar una insaciable necesidad de contacto y comunicación; que, en lugar de pronunciar palabras, simplemente hablaba con mi piel.

Había decidido hacía tiempo que el 24 de diciembre sería mi último día en este mundo. Elegí la Nochebuena porque era una fecha significativa y bella, sobre todo en Santa Fe, con su hermoso festival de los farolitos: cada Nochebuena los intérpretes de villancicos llegan desde distintos lugares para recorrer hasta el amanecer las calles iluminadas con faroles. Todas las puertas están abiertas para ellos y el aire tiene un olor acre a sidra caliente y piñones.

Quería morir en un momento como ése, cuando el mundo estaba en su esplendor y yo podía ofrendar mi corazón a Dios, y decirle: «Gracias por todo esto. No soy ingrata, únicamente ya no soy capaz de sentir la felicidad que una noche como ésta merece. Ahora que papá está muerto la alegría es una irreverencia. Tu mundo se desperdicia en mí. Y creo que es motivo suficiente para morir». Esa

frase no escrita era la única nota con que me proponía explicar mi suicidio.

El 24 de diciembre amaneció despejado y frío. El pronóstico anunciaba que nevaría a partir de las primeras horas de la tarde. Me encontraba en el cuarto día de mi última orgía maniaca, es decir, mi mente iba a tal velocidad que me veía obligada a escribir mis ideas en taquigrafía para poder seguir el ritmo. Había definido con cuidado el atuendo que vestiría en el momento del adiós: un largo vestido negro de cachemira. No porque intentara lograr un aspecto macabro, sino porque la cachemira no se arrugaría y el negro ocultaría manchas de sangre o vómitos imprevistos. También había dispuesto todas las píldoras que había guardado durante el año anterior, entre las que se incluían las drogas duras para el cáncer que mi padre no había llegado a tomar. Las había ordenado cuidadosamente según su creciente poder mortífero y las había reunido en grupos de unas diez píldoras, fáciles de tragar. Al contarlas por última vez, advertí que tenía un surtido de más de trescientas pastillas y cápsulas, lo que implicaba una larga sucesión de tomas. No tenía suficiente tequila para

tragarlas todas. El agua no era una opción válida. Necesitaba combinarlas con alcohol.

No había otra solución. Me puse los guantes, el sombrero, el abrigo, cogí las llaves de mi coche y partí a toda velocidad hacia la licorería más cercana, rogando que estuviera abierta. La nieve, que caía en abundancia, me impedía avanzar con rapidez. Pero tuve suerte: las tiendas todavía no habían cerrado, y además, encontré mi tequila favorito, Lapis, en su botella azul cobalto. Compré una botella, pero al poco rato regresé y pedí dos más. Al fin y al cabo, no tenía sentido economizar. El anciano vendedor que me había atendido muchas veces aquel diciembre me tendió la mano y me deseó feliz Navidad. Estreché su mano. Después di media vuelta, lo abracé y lo besé en ambas mejillas. «Feliz Navidad», dije, mientras en mi interior sentía que algo frío y afilado me atravesaba. Me había prometido que no habría despedidas.

La nieve seguía cayendo, copiosa y tenaz, cuando regresé a casa. La calefacción del coche no funcionaba bien, y yo temblaba tanto que apenas pude abrir mi bolso para coger la llave de casa. Odié

el frío. Mientras hurgaba en el bolso con los dedos entumecidos me preguntaba si el cuerpo tenía sensaciones en la tumba, si ese último frío abandonaba los huesos alguna vez. Al cabo de cinco frustrantes minutos comprendí que la llave no estaba en mi bolso, tampoco en el coche ni en medio de la nieve. Estaba en algún otro lugar y me dejaba fuera de mi sueño más desesperado.

Afortunadamente, mi teléfono móvil estaba en la guantera del vehículo, cargado y en funcionamiento. Un operador servicial se apiadó de mí y logró encontrar al único cerrajero de los alrededores que trabajaba en esa fecha. Pero el cerrajero me dijo que tardaría por lo menos una hora llegar hasta Canyon Road. «Será mejor que se abrigue y se quede en el coche», me aconsejó. Pensé en algo mejor: abrí la botella de Lapis, bebí un largo trago y comencé a cantarme villancicos, en orden alfabético.

Cuando, por fin, llegó el cerrajero —una hora y media después—, yo había recorrido tres veces el alfabeto en ambos sentidos. Para entonces estaba cantando a todo pulmón y no oí el golpeteo de su llave en el cristal cubierto de hielo. Sólo vi a través

del parabrisas un par de ojos enrojecidos debajo de unas cejas blancas y espesas. Estaba lo bastante borracha para creer que se trataba de Santa Claus.

—La puerta está cerrada —dije, señalándola.

Mientras el cerrajero probaba inútilmente con una llave tras otra, le hice preguntas sobre su trabajo, sobre la vida en Santa Fe, sobre la vida en general. La vieja ansiedad maniaca de saberlo todo me atacó con furia. Por fortuna, había encontrado un interlocutor a la altura. En realidad, apenas podía formular mis preguntas; él se apresuraba a responder con todo detalle. Me sorprendió que hablara incluso más rápido que yo y que sus respuestas no sonaran del todo correctas. Había algo raro en él, algo leve pero fuera de lugar. Mientras hacía su trabajo, lo miré y advertí que era más joven de lo que había pensado. Y prácticamente no tenía dientes: sólo un incisivo acompañado por otras dos piezas que aún conservaba en la encía inferior, por lo demás desnuda y oscura como una gruesa rebanada de hígado de ternera. Pequeñas venas surcaban el blanco de sus ojos que, más que enrojecidos, eran sanguinarios.

Incluso a través de la densa bruma producto del tequila, pude oír que sonaba una alarma. Me dije que debía refrenarme, ser formal, hablar con más lentitud, pero ya no podíamos cambiar aquella extraña dinámica: yo preguntaba, él respondía, yo lo escuchaba con suma atención. No sabía cómo detenerla y temía ofenderlo. Antes de que pudiera descubrir qué hacer, su provisión de llaves se terminó. Estaba desconcertado. La única alternativa era romper la ventana.

En aquel momento me encantó la idea de hacer trizas el cristal. Me ofrecí, pero él se negó. Envolvió su mano en un viejo trapo grasiento y me pidió que retrocediera y cerrara los ojos. Entonces golpeó con fuerza el cristal una vez, dos veces, y al tercer golpe, lo oí tintinear sobre el suelo de baldosas. Nada mejor que una transgresión —infringir la ley, romper un cristal o algo similar—, para estimular el temperamento maniaco.

—Esto merece un trago —dije, mientras él abría la puerta.

Dispuse todo lo necesario: vasos pequeños, trozos de lima, un salero y una botella de tequila

recién abierta. Tal vez aquél fuera mi último brindis, quería decir algo profundo, pero, por encima de todo, quería beber.

—Brindemos porque logramos superar el obstáculo —propuse. Cuando hicimos chocar nuestros vasos, vi una mancha de sangre en la manga de su camisa—. Seguramente te has cortado con la ventana. Siéntate, me ocuparé de eso —dije.

—No es nada —respondió él, apartando su brazo.

—Siéntate —repetí. Los dos años dedicados a cuidar de un padre cada vez más parecido a un niño me habían conferido el aire de competente y resuelta autoridad propio de una enfermera. Él tomó asiento, comenzó a desabrochar el puño de la camisa. De pronto, se detuvo.

—No puedo. Una dama como tú no debe ver esto.

—He visto sangre —dije, riendo.

—No es eso.

—Lo siento. ¿Tienes una quemadura?

—No —respondió, retorciéndose.

—¿Una cicatriz?

—No.

Me acerqué y apoyé la mano en la manga de su camisa.

—Entonces, no seas tonto. Estás manchando mi mesa de sangre.

Sin mirarme, terminó de desabrochar el puño y se remangó, dejando a la vista —desde la muñeca hasta el bíceps— el tatuaje pornográfico más grande que jamás había visto en el cuerpo de un hombre.

—Todo mi cuerpo está así. Me drogaba. No he vuelto a tener esas ideas desde entonces.

Al flexionar de forma involuntaria su brazo provocó el espasmo del coito en la pareja grabada en el bíceps. Aunque me ruboricé, no pude apartar la vista. Era grotesco, pero cautivador, un fenómeno similar a una atracción de feria. Y extrañamente inocente: tan desprovisto de atractivo sexual como las tiras cómicas de los domingos.

No pude evitarlo. Me eché a reír y le dije que había visto cosas mucho peores en mis viajes. Él no respondió, tampoco me miró. Comencé a limpiar el pequeño corte de su antebrazo, tratando de sere-

narlo, pero, aparentemente, el contacto lo ponía más nervioso.

—Lo siento mucho —repetía—. Si pudiera, los quemaría.

—No hay problema, de verdad. Estate quieto.

—No, soy repulsivo —insistió—. A veces, lo único que quiero es morir.

Hay muchas maneras de responder con facilidad a una frase como ésa, con livianas, alegres dosis de sensatez, pero lo irónico de la situación me desalentó. Esperaba que ese pobre hombre se marchara para poder matarme antes de la medianoche. ¿Era yo quien debía asegurarle que la vida es sagrada? Serví otros dos vasos de tequila.

Él apartó su vaso y sacudió la cabeza. Vi que una lágrima comenzaba a tomar forma en el ángulo de su ojo. Más allá de que fuera desdentado y tuviera esos extraños tatuajes, estaba sufriendo, y yo sabía demasiado bien cómo se sentía. Moví su brazo, dejando a la vista la muñeca con su demonio danzante en plena erección. Humedecí la zona con tequila, rocié sobre ella un poco de sal, me incliné y lamí entre los tendones. Luego bebí mi copa, dejé

ruidosamente el vaso sobre la mesa y chupé el trozo de lima.

—Esto es lo que pienso de tus ridículos tatuajes. Ahora, bebe. Es Nochebuena.

Las intenciones maniacas siempre son buenas. Los resultados casi nunca lo son. En verdad, no me había propuesto hacer una insinuación sexual. Había concebido mi actitud como un gesto bondadoso: un animal herido lamía las heridas de otro. Pero, de pronto, él se puso en pie, aferró mis brazos, me atrajo hacia sí y me besó en la boca. Traté de soltarme, pero él me sujetaba con mucha fuerza, su boca era insistente. Yo no quería sexo, tan sólo hablar unos minutos y luego morir. Además, su boca tenía un sabor repugnante —denso y agrio— y no podía librarme de la imagen de aquellas encías de color hígado. Me invadió una poderosa náusea, en parte tequila, en parte bilis. Volví a forcejear para liberarme. Sentí que la presión disminuía. Retrocedí y oí: «¡No!». Sólo esa palabra. No recuerdo cuál de nosotros la pronunció antes de que el mundo quedara a oscuras.

Desperté varias horas más tarde, despatarrada en mi cama, extrañamente rígida, dolorida, mo-

jada por completo. Cuando me incliné para estirar la colcha, rocé con los dedos mis muslos y sentí algo frío, una humedad pegajosa que me resultaba familiar. Pensé que se debería a mi periodo, pero en ese momento percibí un olor distinto de los habituales, a sudor de hombre. Los muslos me dolían tanto que casi no podía moverlos, la parte interior palpitaba. Los miré: estaban embadurnados de sangre, a través de la cual comenzaban a distinguirse rojos cardenales.

En realidad, no debía importarme demasiado. Me dije a mí misma que en cuanto pudiera levantarme y tomar las píldoras que estaban esperándome, abandonaría mi cuerpo para siempre. Pero me importaba. Mucho. Quería dejar la casa arreglada, immaculada, y quería también una muerte limpia. Sin hilos sueltos y enredados colgando de mí. Y en especial, sin despedidas, ni siquiera por decoro. Ya me había despedido demasiadas veces.

No quería recordar y, por cierto, no quería sentir. Pero, sin que las convocara, sin que las deseara, las lágrimas comenzaron a fluir. Y con ellas, me invadieron los recuerdos: el borde aserrado de una

botella rota de color azul que se movía delante de mis ojos antes de desaparecer entre mis piernas. Un brazo pesado sobre mi tráquea. Una respiración entrecortada que roza brevemente mi oído. Y en todas partes, los pequeños demonios danzando, ondulando sobre su piel, sobre la mía, la nuestra.

Miré otra vez el dibujo que la sangre había formado en las sábanas. Demasiada sangre, no era posible que fuera producto de las heridas de mis muslos, que parecían muy superficiales. Debía de tratarse de una herida más profunda. Me incliné y con cautela sondeé entre mis piernas. Mis dedos aparecieron cubiertos de sangre fresca. Si la buscamos, siempre habrá, en algún lugar, una herida más profunda.

Me tendí sobre la almohada, exhausta. Pero el dolor físico ya no me incomodaba. Lo empequeñecía una monstruosa oleada que se acercaba, el tsunami que había tratado de evitar desde mi llegada a Santa Fe. Cerré los ojos, me mordí el labio. Me abrumó el descubrimiento de que, por primera vez en mi vida, estaba absolutamente sola.

«Si al menos papá estuviera vivo», suplicó una voz en mi interior. Él me habría salvado de todo es-

to: no sólo del malvado hombre con su botella rota, sino de la peligrosa manía que me había guiado hacia todos esos hombres y de las depresiones suicidas que había padecido después. Si al menos papá estuviera vivo, nada de esto habría sucedido. No habría existido Santa Fe.

Si papá estuviera vivo... No me habría salvado de nada: manía, depresión o sus consecuencias. Por la sencilla razón de que se negaba a creer que esa enfermedad existiese. «Es sólo tu imaginación», me decía, sin el menor atisbo de ironía. No creía en la psiquiatría, creía en el propio esfuerzo, es decir, en valerse por sí mismo para avanzar en la vida.

Pero, en realidad, ni siquiera en eso creía. Ni siquiera creía en mí.

El momento que más me había esforzado en olvidar instantáneamente reapareció con sumo detalle, incluidas percepciones sensoriales como el olor penetrante, acre, de la habitación en el hospital. Había sido una larga noche para ambos. Para entonces el cáncer ya se había extendido a los huesos y ni siquiera el goteo de morfina podía contener el dolor mucho tiempo. Durante las diez noches previas, yo

había dormido en un catre junto a la cama de mi padre, sin tiempo de sacar las cosas que había puesto a toda prisa en la maleta mientras esperaba la llegada de los sanitarios. Sólo sabía si era día o noche por el número de píldoras que tomaba.

Estaba contando de forma responsable la dosis de esa mañana, un puñado de tamaño doble, cuando miré a mi padre y advertí que me observaba. Me incliné sobre la cama para darle un beso y decirle «buenos días», pero él apartó bruscamente la cabeza.

—¿Qué sucede, papá? ¿Quieres que llame a la enfermera?

Él asintió y apreté el timbre. Sus ojos, aunque cerrados, se movían. Pero la respiración era serena, de modo que volví a sentarme y seguí contando mis píldoras. Cuando la enfermera llegó, unos minutos después, desperté a mi padre con suavidad.

—Papá, la enfermera está aquí. ¿Qué necesitas?

Los ojos de mi padre estaban nublados y su rostro tenía un aspecto extraño, la piel parecía pálida y grisácea. Pero cuando se incorporó y habló con

la enfermera su voz sonó sorprendentemente firme. Señaló la mesilla de noche.

—Allí, en el cajón de arriba, hay un documento. Y necesito un bolígrafo.

La enfermera abrió el cajón y tomó el documento. Yo sabía de qué se trataba porque había colaborado con el abogado para que un notario lo certificara. La enfermera sacó del bolsillo un bolígrafo y se lo entregó a mi padre junto con el testamento. Luego dio media vuelta, con la intención de marcharse.

—No se vaya. Alguien tiene que testificar esto —ordenó. Con dedos temblorosos y torpes quitó el capuchón del bolígrafo y comenzó a tachar mi nombre en todas las páginas donde aparecía—. Es adicta a las drogas —le dijo a la enfermera—. Mire esas píldoras.

La enfermera me miró. Yo tenía en la mano la dosis que tomaba por la mañana. De forma instintiva, traté de apretar los dedos, pero las píldoras eran muchas y se desparramaron en el suelo.

—Son para la depresión —empecé a explicar, pero mi padre me interrumpió.

—La envié a Vassar, a la facultad de derecho, y ahora no es más que una maldita adicta a las drogas. Quién lo habría dicho, mi niña... —dijo. Luego dejó caer su cabeza en la almohada y comenzó a sollozar en voz baja.

La enfermera, bendita sea, dirigió su atención a la bandeja que se encontraba en la mesilla de noche.

—Es hora de que tome su medicación —le dijo a mi padre, y le entregó, una tras otra, una serie de píldoras de colores, un vistoso arco iris farmacológico que en poco tiempo dejaría de ser útil. Después de tragarlas, agotado, él cerró los ojos y se durmió.

Yo estaba allí cuando despertó, unas horas más tarde. Y estaba allí cuando murió, una semana después. En su funeral rogué a Dios que me diera la fortaleza suficiente para perdonar sus errores, y creí que lo había logrado. Pero, tendida en la cama en Santa Fe, demasiado dolorida y abatida para luchar con mis propios sentimientos, comprendí que no era posible. Podía perdonar a mi padre por haberme desheredado. Podía perdonarlo por haberse nega-

do a creer que estaba enferma. Podía incluso perdonarlo por no haberme protegido del mundo: ¿cómo habría podido hacerlo, si ni siquiera había logrado protegerme de sí mismo? Pero, por mucho que lo intentara, no podía perdonarle que me hubiera dejado sola.

Un estruendoso gong resonó en mis oídos cuando el reloj de la habitación contigua dio la media hora. Sólo faltaban treinta minutos para la medianoche, treinta minutos para morir. Los recuerdos habían estimulado mi ansiedad. La muerte no era la salida más fácil, era la única salida. De otro modo, nunca dejaría de recordar. Con un súbito arrebato de energía salté de la cama, tambaleándome, mientras el dolor se apoderaba de mis sentidos. Cuando iba hacia el baño me caí estrepitosamente y estuve a punto de quedar tendida en la mullida alfombra bereber. Me obligué a ponerme en pie y comencé a tragar, uno tras otro, los puñados de píldoras, acompañados con tragos cada vez más largos de tequila.

Veinticinco minutos después había liquidado las tres cuartas partes de mis píldoras. Ya no sentía dolor de ningún tipo. Cuando comencé a asentir

con la cabeza, en gesto de tácita sumisión, me di unas palmadas en las mejillas, me mordí la lengua y clavé las uñas en las palmas de mi mano hasta que el dolor comenzó a despertarme otra vez. Entonces ordené a mi brazo que continuara recogiendo píldoras y a mi garganta que siguiera tragándolas, hasta que por fin..., por fin, sostuve entre mis dedos la última cápsula rosa y verde y la bajé con la última gota de tequila que bebería en mi vida.

Lentamente, mis piernas comenzaron a ceder y, agradecida, apoyé la cara contra el frío suelo de baldosas, mirando la Navidad a través de la ventana. Mi último recuerdo: el reloj que daba las doce y un obstinado copo de nieve que pendía del alféizar y se negaba a caer.

No sabía si terminaría en el cielo o en el infierno, o tal vez en el purgatorio. Sin embargo, desperté en el hospital general del condado, atada a una camilla, cubierta con una repugnante mezcla de carbón activado y vómito, incapaz de controlar las arcadas. Supe que no estaba en el cielo, porque me hacían preguntas sobre mi seguro sanitario. Sospeché que tampoco me encontraba en el infierno, porque el

médico que me atendía tenía unos bondadosos ojos azules y me daba palmaditas en la mano.

—Está viva. La encontramos justo a tiempo. Es una chica muy afortunada —me dijo.

Así supe que, al fin y al cabo, aquello era el infierno. No lo había logrado. Habían pasado años antes de que pudiera conseguir todo lo necesario: las píldoras, la ocasión, el dinero para intentarlo a lo grande. No era una pose, era auténtica desesperación, y había fracasado.

Cuando, dos días después, me quitaron los tubos de la garganta, la enfermera me dio un bloc para escribir. «¿Por qué? —era todo lo que se me ocurría—. ¿Por qué, por qué, por qué?». El amable médico finalmente comprendió.

—¿Por qué está viva? —me preguntó.

Asentí con énfasis.

Él se volvió hacia mi historia clínica.

—Sólo sé que la mañana de Navidad el servicio de urgencias recibió una llamada. Parece que un joven, un cerrajero, llegó para cambiar un cristal roto en su casa y la encontró inconsciente. Él le salvó la vida. Con respecto a las demás heridas, la policía ha

estado esperando para hablar sobre ellas. Tiene cortes y magulladuras muy desagradables ahí abajo. Sabe a qué me refiero.

Asentí.

—¿Quiere hablar sobre eso?

Miré esos compasivos ojos azules y sacudí la cabeza con lentitud, con tristeza, y con absoluta decisión. Si mi atacante era también mi salvador, que así fuera. Tal vez mi desconfiado padre era también el ser que más amaba. Me pregunté por qué yo no lo había comprendido antes. El mundo es esencialmente bipolar. Va de un extremo a otro, pero su naturaleza es fluir. Los santos están a un paso de convertirse en pecadores. Nada es absoluto, ni siquiera la muerte.

A pesar de la rosada nube de Xanax que flotaba en mi mente, supe que había descubierto algo importante. Durante toda mi vida había librado una batalla personal contra los extremos, con escaso éxito, tan escaso que estaba a punto de entrar en el nuevo año en una cama de hospital, sujeta con gruesas correas de cuero. El trastorno bipolar era más que una enfermedad mental: era una actitud mental

que lo definía todo. Yo creía que el mundo era de tal manera o todo lo contrario. Los hombres protegían o herían. Si no eran dioses, eran villanos, no importaba que lastimaran con botellas o con desconfianza. De cualquier manera, hacían daño.

Mi manera de pensar era rígida, poco natural. La vida no era tan clara. Recordé a mi padre, los perfectos anillos de humo que echaba cuando se lo pedía, las interminables horas que pasaba masajéandome la espalda durante las noches, cuando tenía asma, los mil y un cuentos que me relató desde su gran sillón marrón: en una mano, el cigarrillo; el whisky, en la otra; y yo en su regazo, en el paraíso. Era imposible ignorar que me amaba, y que su amor tenía condiciones, y que, aun así, era amor. El truco consistía en tener presente esa tremenda palabra: «y».

La enfermera entró para controlar el suero intravenoso y antes de salir me entregó una caja de pañuelos de papel. Yo estaba llorando. Mi cara y mi pecho estaban bañados de lágrimas: de resignación; de reticente compromiso. Nada era absoluto, ni siquiera la desesperación. No quería la vida que me

habían devuelto, y sin embargo, era un regalo. Siempre hay que abrir y agradecer los regalos de Navidad. Por el momento dejaría la muerte de lado, la pospondría un poco, al menos hasta que comprendiera por qué motivo todavía estaba viva.